

La mujer española. Sus orientaciones y su porvenir¹

Tema es este, de interesante actualidad siempre, y más hoy podríase decir, en que tanto se habla de la misión de la mujer, de la importancia que tiene, del relieve que se le da y que ha ido adquiriendo, hasta llegar a constituir un auxiliar poderosísimo con el que cuentan al igual los de uno y otro campo, cifrando en ella sus esperanzas mejores de triunfo.

Por eso, al encargarme el director de PICTORIAL REVIEW de materia sobre la cual han disertado y siguen disertando plumas de valor, vacilé un poco antes de aceptar, pensando en la carga que ponía sobre mis hombros y en la diferencia marcadísima de esas plumas con la que ahora traza estos renglones.

Pero, como mi deseo no es nivelar la mía con las suyas, ni sentar cátedra de *filosofía femenina*, ni meterme a revelar lo que es el corazón con sus defectos y cualidades, ni es mi propósito hacer de este y de los artículos que le sigan lecciones un tanto pesadas, sino que, por el contrario, quiero limitarme a tener con mis lectoras, a las que saludo afectuosamente desde estas columnas, un rato de conversación durante el que departamos sencilla y amistosamente de todo aquello que puede interesarnos, que puede quizá encauzarnos en el camino que hemos de seguir, sin caer en extravagancias ni ñoñerías, en radicalismos erróneos o en un oscurantismo equivocado, como este es únicamente, repito, mi deseo, acabé por aceptar tan honrosa invitación con el afán de corresponder a la confianza que en mí puso.

Conocerme, ya me conocéis vosotras, por lo menos la mayoría de las que me leáis; sabéis, por tanto, en qué fuentes bebo, y cuáles son los ideales en que me inspiro.

Repetidas veces me habéis oído, o leído, tratando de tema parecido, porque me ha gustado observar y estudiar lo que somos las mujeres españolas, señalando a vuestra consideración lo que, a mi juicio, podemos llegar a ser, si enfocamos bien el objetivo, para que la fotografía resulte irreprochable.

Naturalmente, que en una conversación, sobre todo si es entre personas que bien se quieren y bien se entienden, el tono serio, rígido, se desecha por completo adoptándose

¹ Publicado en *Pictorial Review*, publicación mensual ilustrada para el hogar- Spanish edition- New York, marzo, 1916, p. 8.

en cambio uno familiar, que da confianza y hace agradable la charla que se sostiene y simpática la persona con quien se platica.

Por lo tanto, vamos, si así os parece, a dejar a un lado aquello que sea molesto, que parezca pretencioso, que constituya un obstáculo entre vosotras y yo. Quiero que la comunicación sea total, y que hablemos como hablan las que son amigas.

Lo que digamos hoy serán solo generalidades, es decir que no desmenuzaremos, como lo haremos en los próximos artículos, sino que echaremos una ojeada al campo de la mujer, y con una rápida mirada abarcaremos algo de lo que luego iremos detallando.

Hay tela para rato, porque son varios los asuntos de que se pueden tratar, para que viendo lo bueno lo adoptemos siempre y observando lo defectuoso lo rechazemos.

Los hombres son los primeros que nos indican la importancia que en nuestra época, más que nunca, se concede a la mujer, ya que en sus conferencias, con marcada preferencia se detienen a analizarnos, estudiando en nosotras el carácter físico y moral, nuestra preparación social, la educación femenina, y cuantos problemas son de actualidad mundial, porque, si por el momento, estos asuntos se han relegado un tanto ante la magnitud de la catástrofe europea que subyuga la general atención, no es posible negar que existen, que apasionan, que se estudian para mejor hallar solución.

Tenemos quienes se declaran feministas sin ambages, que reclaman para la mujer una igualdad absoluta con el hombre. Tenemos en cambio antifeministas acérrimos, todavía partidarios del equivocado dicho que ordena que la mujer se limite al reino de la cocina, y no pase de la categoría de ama de gobierno. A esos no les habléis de la cultura de la mujer, de la educación de la mujer, de su aspiración legítima de conquistar terrenos hasta la fecha vedados, y que, sin embargo, le corresponden, de ser algo más que una máquina de dar brillo a la casa, o de repasar los desperfectos de la ropa. Se encogerán de hombros, sonreirán desdeñosos, se burlarán... y se enfadarán si se les quiere sacar de su equivocación.

Esos y otros menos furibundos en sus juicios y apreciaciones, pero que tardaron en comprender que estaban en error, son los que principalmente tuvieron la culpa, y que perdonen si se ofenden, pero es cierto, de esa escasa cultura de la mujer española. Sobre todo en las que provienen de tiempos remotos, en que se creía que la mujer con saber leer, malamente escribir y contar con los dedos, tenía muy suficiente. Y si creéis que exagero, vosotras las más jóvenes de mis lectoras, que poseéis un bagaje literario más brillante, me remito al testimonio de las viejas, de las que alcanzaron los tiempos a que aludo y desde

luego aseguro que con cierto rubor, pero hablando con verdad, confesarán que es verdad cuanto acabo de afirmar.

He contado ya el caso de una mujer, casada con un capitán, que oyendo hablar de la toma de Granada, y la conversación se tenía a fines del siglo pasado, se volvió zalamera hacia su marido y con ingenuo interés le preguntó si él había estado en dicha toma de la ciudad querida de Boabdil. Tengo por seguro que el marido lamentaría la poca cultura de la compañera elegida, que en tan grave aprieto delante de gente le ponía, y que la sometería a un plan de estudios que la enseñase la época lejana en que la cruz venció a la media luna agarena. Me diréis que hoy no le hubiese ocurrido quizá, aunque no hace después de todo tanto de esto, pero no dejaréis de asentir conmigo cuando insista en que la mujer española, cuyas cualidades morales brillan con tanta luz, y que es tierra fértil si se la cultiva bien, se halla necesitada de mayor cultura, de una educación cívica, según dijo el insigne estadista Don Antonio Maura, que le permita compenetrarse con los intereses de su patria, a la cual debe conocer mejor, no dejar ese conocimiento postergado al de otras naciones creyendo con eso elegantizarse y modernizarse; de una instrucción social que la coloque en el puesto que es suyo, y que la convierta en verdadera compañera de su marido, si se casa, con quien pueda él compartir sus esperanzas y sus temores, siendo un sostén firmísimo en el que el hombre, cuando la vida le traiga sus irreprimibles horas de dolor, de desilusión, de amargura, pueda apoyarse para no desfallecer.

¿Quiere esto significar que ponga cátedra de feminista, que reclame a grandes gritos el voto, la elección, las carreras académicas, que son el desiderátum de los avanzados en la cuestión?

No: de ningún modo... los que así abogan por nuestros derechos, según dicen ellos, están equivocados, se han salido de la verdadera senda, única que anhelaron seguir las mujeres de España, en la que encuentran su principal fuerza, en la que no se despojan de su carácter femenino, que es su mayor encanto, su mayor atracción...

Recientemente hemos podido leer, todas, páginas dedicadas a la mujer, firmadas con un nombre prestigioso en el mundo de las letras españolas... mucho aprovechable encerraban y encierran, pero, sin embargo, existe en su autor una marcada tendencia a engrosar las filas de ese feminismo que no suele conquistar simpatías y que reclama aquello que no se nos figura encaja dentro del marco suave, sencillito, modesto, de la mujer... En vano afanosas hemos buscado una orientación segura, hacia una vida femenina en el hogar, al mismo tiempo que rodeada de esa educación, de ese civismo, de esa instrucción que debe de tener la que formará sobre sus rodillas el corazón, el espíritu

de sus hijos... casi todas reflejaban aspiraciones hacia un sufragismo que no atrae a la mujer española, y que no quiere el hombre para la madre de sus hijos... Como dice con gracia y fina ironía un escritor en una Revista católica social, el autor de esas páginas para las mujeres se ha asomado, hasta ahora, solo a la ventanilla de la izquierda y ha parecido ignorar lo bueno que se encuentra en la derecha... Ventanilla que es más de usar cuando se escribe sobre la mujer en general, y en especial sobre la mujer española.

Pues bien, nosotras nos asomaremos a una y a otra... Nosotras iremos viendo lo erróneo y lo que es merecedor de aplauso; entresacaremos de la historia figuras que brillaron con tanto esplendor, para que imitemos ejemplos que se nos legaron y recojamos riquezas que constituyen nuestro más preciado patrimonio... y reconociendo toda la importancia que en nuestros días tiene la acción social de la mujer, añadiremos cuanto sobre esa acción sea digno de interés y de estudio...

Queremos que la conversación no sea pesada: aspiramos a que deje alguna huella bienhechora en pos de sí...

Existe precisamente en la actual sociedad femenina un movimiento, llamémosle "radical", que no es el que se debe seguir... Así como tenemos muchos pueblos en nuestra patria que de no tener otra luz que la de la luna, cuando la había, han pasado a la luz eléctrica, es decir de un salto han franqueado abismos que los separaban de la moderna civilización, así también en la vida moral tenemos muchos, muchas diremos por concretarnos a la mujer, que de una existencia como la que llevaban nuestros abuelos, han saltado a una libertad tan grande que no cuadra con el recato y la modestia femeninos.

Conocemos, todas, ejemplares de esta última raza, y lamentamos con harta razón su desenvoltura en el vestir, en el hablar, en el modo de ser... Más valiera que de la luz de la luna hubieran pasado al candil, luego al petróleo, yendo despacio, y yendo seguras. Pero se figuran que el grito postrero de la moda es ser tan desenvueltas, que es elegante, que en el extranjero y en América se vive esa vida, y no reflexionan que en el extranjero y en América no son ciertas señoras y señoritas las que hacen lo que ellas tan a ciegas imitan, sino que resultan copiando lo que en esos países no se admite como mercancía aceptable. Recordaremos siempre la impresión de sorpresa que tuvimos recientemente cuando en muchas poblaciones francesas de las de primera fila, vimos que no se llevaban las faldas tan exageradamente estrechas como en Madrid y en toda España, como vimos luego, pero... solo en los bulevares de París...

Con el fin de ir encauzando, por lo menos procurando hacerlo, poniendo en ello cuanta buena voluntad cabe en corazón humano, en los próximos artículos, mejor será

que sigamos llamándolos “conversaciones”, desarrollaremos diferentes puntos, buscando siempre aquello que sea práctico, que pueda hacerse, que forme realmente la vida del hogar. ¡La vida del hogar! ¡Ah, que mientras subsista no debemos temer, mientras la haya no hemos de sentirnos pesimistas, porque será el dique contra el cual se estrellen impotente la lava rugiente de la desmoralización y del mal; será el nido donde se refugien los hijos cuando las batallas de la humana existencia con sus pasiones los hayan herido; será el cielo donde nada entra que no sea puro, santo y noble... Pero, si la vida del hogar se desmorona... si el edificio “familia” que alberga entre sus muros intereses sagrados, la futura grandeza de la patria y la fuerza de la raza, se viene al suelo, entonces podemos sentir en nuestros pechos la flaqueza y el miedo, porque tras esa ruina se seguirá la total de la sociedad. En España, la mujer es reina del hogar: manda, pero su mando es de persuasión y es de amor... No nos hacen falta emancipaciones que arrancarían de las sienes femeninas la corona, y de sus manos ese cetro que voluntariamente puso en ellas el hombre.... Pero, para que ese reino no se malogre, para que esa corona no se marchite, para que no se vean precisados los hombres a quitarle el cetro de su poder, hemos de empeñarnos en seguir siendo las mujeres españolas de siempre, de hondas raíces en el alma, de valiente y esforzado corazón, de virtud que todo el mundo reconoce, y en añadir a esa figura femenina española la educación, la ilustración que se necesitan para bien cooperar a la acción del hombre, para ser sus compañeras, para ser madres, de quienes no se aparten desilusionados los hijos adolescentes porque no supieron contestar a sus preguntas que querían descifrar horizontes desconocidos, mujeres españolas de ayer, engarzadas en las que hoy deben de mantener el pabellón del feminismo único aceptable y capaz de conquistar simpatías generales.

En la próxima conversación, comenzaremos a desmenuzar nuestra tarea.

María de Echarri